

expedir la convocatoria para las elecciones de funcionarios. El mismo carácter de revolucionario que tenía su gobierno, lo autorizaba para no sujetarse en la convocatoria á los moldes de la Constitución, proponiendo las reformas que le parecían y restringiendo los derechos políticos de los mexicanos. Esto es indiscutible y no sabemos cómo se escapó al criterio de González Ortega, que desde el momento en que declaraba que él era el único presidente legítimo de México, por el mismo hecho declaraba revolucionario á cualquiera otro que tenía el mismo carácter.

Por último, pretender que Juárez no podía expedir la convocatoria era querer perpetuar la anarquía en el país y que nunca se restableciera el orden constitucional. Buena ó mala, ella podía servir desde luego para que se organizaran los tres poderes que reconoce, y ya una vez organizados, el Legislativo y el Judicial en uso de sus atribuciones y obrando con la independencia que en teoría debía tener, tratarían de poner coto á las demasías y usurpaciones que quisiera cometer el Ejecutivo, acostumbrado á cometerlas.

González Ortega, para consolarse de estas contradicciones en que incurría, terminaba esta parte de su carta, diciendo: "Verdad es que el señor Lic. Juárez se apoya en la fuerza; si, pues, con las facultades con que en Paso del Norte destruyó un principio constitucional, quiere hoy destruir los restos de nuestra constitución política, nada tengo que decir; pero al menos, que no se invoque la autoridad de ese Código, porque este es el sofisma con que se le mata y no la verdad sincera con que se le obedece." Realmente; hubiera sido mejor para la memoria de Juárez ser sincero y no mostrarse hipócrita toda su vida y en todos sus actos.

Terminaba diciendo que solo por cortesía personal al gobernador de Nuevo León, no devolvía el oficio que se le había enviado, preguntándole si quería ó no que se le sometiera á juicio..... ¡Siempre el mismo carácter indeciso é irresoluto! En la situación en que estaba, no tenía que andarse con contemplaciones ni cortesías, sino mostrarse firme y enérgico. En realidad, no contestaba categóricamente á la pregunta que se le hacía, y siguió encarcelado en Monterrey; no podía, por otra parte, hacerlo, dado su carácter; era peligroso para él dar esa

respuesta, pues si contestaba que estaba dispuesto á someterse desde luego á juicio, corría el peligro de que un tribunal complaciente lo declarase reo de cuantos delitos se le imputasen, ya fuesen oficiales ó del orden común; corría además riesgo de que su nombre dejara de ser un pretexto para hacer la oposición á Juárez y combatirlo; y si se negaba á que se le formase el juicio, además de que daba la razón á su enemigo, éste se limitaba como lo hizo, á tenerlo preso por tiempo indefinido. De todos modos quedaba mal, y por esta razón los tres abogados que se habían apoderado del gobierno, pusieron al Presidente de la Suprema Corte entre la espada y la pared, cuando lo que debía era proceder contra él si lo creían culpable sin consultárselo.

XX.

El tiempo fué el encargado de dar solución definitiva á la cuestión de González Ortega; llegado el día en que expiraba su período legislativo de Presidente de la Suprema Corte de Justicia, Juárez, aunque lo tuvo preso todavía por algún tiempo en el Obispado de Monterrey, no volvió á ocuparse de él: Lerdo de Tejada, en premio de los buenos servicios que al segundo había prestado, fué electo Presidente de ese tribunal, y á pocos días tuvo que salir del Gabinete por haberse opuesto el Congreso á que continuara en él. Los revolucionarios poco á poco fueron olvidando el pretexto de González Ortega y tomando el de Porfirio Díaz.

El antiguo *tinterillo* del Teul volvió á la vida privada y vivió el resto de su vida en la más completa obscuridad; iba á resucitársele á principios de 1881, cuando falleció, y el nombramiento de Presidente de la Suprema Corte de Justicia Militar que se le iba á dar sólo sirvió para que el Presidente González le hiciera suntuosos funerales en la capital de la República. Hombre de mediano talento, de poca instrucción y de ninguna perspicacia, se elevó debido al período de revoluciones en que vivía México entonces; dejó la pluma por la espada y tuvo la suerte de derrotar al más impetuoso de los generales conservadores: á Miramón; dedicado á la política, no experimentó otra cosa que fracasos, y su alto carácter de Vicepresidente de la Re-

pública no le sirvió sino para ponerse en evidencia y para demostrar lo poco competente que era para llegar á la suprema magistratura, en la cual había cometido muchos desaciertos.

Así terminó su vida el injusto perseguidor de los religiosos de Guadalupe.

Los Generales González Ortega, Epitacio Huerta y José María Patoni, que fueron los únicos personajes de importancia que desconocieron la autoridad de Dn. Benito Juárez, no volvieron á figurar en la política de México, aun cuando regresaron á la República luego que, en virtud de nuevas elecciones, fué declarado Presidente Constitucional Dn. Benito Juárez. González Ortega murió en el Saltillo el 20 de Febrero de 1881, completamente aislado y olvidado por todos. Dn. Epitacio Huerta vivió todavía muchos años, querido y respetado, en virtud de los servicios que prestó á los jefes y oficiales que, desterrados en Francia, se negaron á reconocer al Imperio. Dn. José María Patoni fué fusilado alevosamente en Durango, el 18 de Agosto de 1868, por el General Benigno Canto, quien, á su vez, murió en Abril de 73 en la prisión á que, por diez años, fué condenado definitivamente por aquel crimen.

NUMERO 127.

Fundación del Noviciado en San Luis Rey, [Estados Unidos.]

Ya en otra parte hemos referido cómo después de la última vez que algunos de los religiosos de la antigua comunidad de Guadalupe se reunieron para seguir vida común en su antiguo claustro y que fueron disueltos á consecuencia de la caída del Imperio de Maximiliano y la repatriación del ejército francés, quedó presidiendo á la disuelta comunidad el P. Fr. Juan Crisóstomo Gómez, sucediendo á este por muerte acaecida el día 20 de Abril de 1882, el P. Fr. Antonio de J. Romo, quien gobernó la comunidad en calidad de Vicario hasta principios de 1885, en que, por medio de votos consultivos, fué electo Guardián, extendiéndole nombramiento el M. R. P. Comisario General Fr. Teófilo García Sancho, quien así mismo nombró Discretos: 1o. P. Fr. Antonio de la Luz Esparza; 2o. Fr. Bernardino Alonso; 3o. Fr. Jesús del Refugio Sánchez; 4o. Fr. Guadalupe de Jesús Alva, y Consejeros de la Comisaría General á los P. P. Fr. Luis

Guadalupe Zubia y Fr. José Trinidad Macías, y además, teólogos consultores de la misma Comisaría, á los P. P. Fr. Angel Tiscareño y Fr. Bernardino Martínez. Y por renuncia del P. Discreto Fr. Antonio de la Luz Esparza, se nombró Vicario al P. Fr. Jesús del Refugio Sánchez y Discreto al P. Fr. Buena-ventura Chávez.

Poco tiempo duró de Guardián el R. P. Romo, muriendo el mismo año en que fué electo, 1885, el día 11 de Agosto. Y debiendo, según las Constituciones, procederse á elección de nuevo Guardián, recayó aquella en el R. P. Fr. Jesús del Refugio Sánchez, quien tomó posesión de su cargo el día 21 de ese mismo mes y año, acompañándolo como discretos: 1o. Fr. Guadalupe de J. Alva; 2o. Fr. Luis Guadalupe Zubia; 3o. Fr. Joaquín de los Dolores Cabrera y 4o. Fr. Alfonso M. Dávalos.

Terminado el trienio del P. Sánchez, fué reelecto el día 12 de Agosto de 1888, adjuntándosele como discretos los P. P.; 1o. Fr. José Trinidad Macías; 2o. Fr. Francisco Luján; 3o. Fr. Agustín de los Angeles Martínez; 4o. Discreto y Vicario Fr. Guadalupe de J. Alva.

Por muerte del R. P. Sánchez, acaecida el día 21 de Enero de 1891, á las 7 y 40 minutos de la mañana, tomó el gobierno de la comunidad de Guadalupe su Vicario, Fr. Guadalupe de J. Alva, quien, conforme á las constituciones debería completar el trienio; y cumplido éste en Agosto de ese mismo año, fué el expresso P. Alva confirmado Guardián por el M. R. P. Comisario General Fr. Isidoro M. Camacho.

Antes de terminar su trienio el P. Alva fué nombrado Comisario General, á proposición del R. P. Visitador Fr. Antonio Rodríguez, por el Ministro General de la Orden, recayendo la guardianía del Colegio de Guadalupe en el R. P. Fr. Antonio de la Luz Esparza. A este sucedióle en el gobierno de los religiosos el P. Fr. Agustín de los Angeles Martínez, después de cuya muerte siguieron turnándose por algunos años, ya como Presidentes, ya como Vicarios respectivamente, los P. P. Fr. Joaquín de los Dolores Cabrera y Fr. Buena-ventura de la Concepción Chávez, hasta que en 1906, viendo que el P. Cabrera por su avanzadísima edad no podía dar cumplimiento á las múltiples y dificultosas funciones de Prelado, se optó por nombrar Presidente in Capite al R. P. Fr. José M. Casillas, uno de los jóvenes